

Domingo XXVIII T. O. (Ciclo B)

RUBÉN VILLALTA MARTÍN DE LA LEONA

PARA TU REFLEXION

“Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna” (Mc 10, 17)

Se había acercado a Jesús corriendo, lleno de entusiasmo, pero se marcha triste, con el ceño fruncido. No esperaba la

respuesta de Jesús. Una respuesta que le hace toparse de bruces con la realidad de su corazón. Él quiere seguir a Jesús, quiere alcanzar la vida eterna; pero su corazón prefiere su riqueza a la vida eterna. Es posible que nunca antes se hubiese dado cuenta de eso.

Se plantea aquí una cuestión que no siempre valoramos a la hora de dar pasos en la fe: la buena intención no es determinante. En el camino del seguimiento del Señor, se tienen que poner en juego todo lo que somos, desde lo más externo, hasta lo más profundo.

Tiene que ponerse en sintonía la cabeza y el corazón. Las buenas intenciones pertenecen a la cabeza, nos ilusionan, nos entusiasman, pero no bastan para seguir al Señor. Por sí solas, nos llevarán al fracaso del seguimiento. Es necesario conocer y trabajar el mundo de nuestros deseos y de nuestros afectos.

Estos deseos y afectos pertenecen a lo más profundo de nosotros mismos, son los que de verdad mueven nuestra vida. Quizá son más difíciles de evangelizar que las intenciones, pero son la roca sobre la que construir el seguimiento del Señor.

Con todo, me parece que lo central en el relato es la mirada de Jesús: mirándolo, lo amó. Aquél que conoce el corazón y los deseos más profundos, no aparta su mirada ante el corazón torpe y egoísta. Quizá si aquel joven rico no se hubiese marchado tan aprisa, y hubiese permanecido ante aquella mirada, ésta habría transformado su corazón llenándolo de generosidad.

Y, aquella pregunta: “Maestro, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?” hubiese encontrado la respuesta más hermosa: el seguimiento del Señor.

**Fuente: Con Vosotros, Diócesis de Ciudad Real. España**